

# Escuchar nos abre a la vida



Freepik



Dr. Alberto Sánchez

Aprender a escuchar exige atención, estar siempre alertas porque el Señor nos habla de muy diversas maneras: a veces, directo al corazón, en otras ocasiones a través del canto de un niño, de la naturaleza, de una sinfonía, de un dolor agudo, de un texto iluminador, de un silencio prolongado, de una anécdota de vida contada por un anciano.

**N**o es lo mismo oír que escuchar. Oír es “percibir con el oído los sonidos” (DRAE). Escuchar, en cambio, es “prestar atención a lo que se oye” (DRAE). Oímos con el oído; escuchamos con la mente y con el corazón. ¿Cuántas veces, ante un llamado de Dios o del prójimo, nos limitamos a oír? Registramos el llamado pero no lo respondemos.

Cuando miramos la vida de los santos podemos caer en la tentación de pensar que el Señor los ha llamado de un modo especial, acuñante, imperioso, por lo que no les ha “quedado más remedio que responder a ese llamado”. Serían como elegidos a quienes les habla de un modo distinto, más personal, más evidente, más contundente. Sin embargo Dios, Padre providente y generoso, nos llama a todos por igual y con la misma fuerza.

**La santidad no se trata de la intensidad del llamado, sino de la intensidad de la escucha.**

San Pablo, camino a Damasco, luego de golpearse duramente y escuchar la voz del Señor, en lugar de convertirse radicalmente, podría haber dicho: “¡Qué golpe me di... hasta escucho voces de lo mareado que quedé”. Sin embargo, Pablo de Tarso escuchó, no oyó, y se convirtió en el apóstol de los gentiles.

Como también escuchó Francisco Javier Nguyen Van Thuan, arzobispo de Saigón, quien aislado en una celda minúscula por el régimen comunista, desposeído de todo, escuchó la voz de Dios que le decía: "¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has realizado y deseas continuar haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, de hogares para estudiantes, misiones para evangelización de los no cristianos... todo esto es una obra excelente, ¡son obras de Dios, pero no son Dios!". Y pudo así pasar trece años en cautiverio, la mayoría de ellos en aislamiento, sin desesperarse.

También San Agustín dio un vuelco definitivo a su vida cuando,

en medio de un larguísimo proceso de conversión, escuchó la voz de un niño que cantaba: "Toma y lee... toma y lee". Tomó la Biblia y leyó. Y su corazón fue traspasado por la Palabra.

O la experiencia de André Frosard, educado en el ateísmo desde niño: "Habiendo entrado, a las cinco y diez de la tarde, en una capilla del Barrio Latino en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra. Habiendo entrado allí escéptico y ateo de extrema izquierda, y aún más que escéptico y todavía más que ateo, indiferente y ocupado en cosas muy distintas a un Dios que ni siquiera tenía intención de negar... volví a salir, algunos minutos más tarde, "católico, apostólico, romano", llevado, alzado, recogido y arrollado por la ola de una alegría inago-

table. Al entrar tenía veinte años. Al salir, era un niño, listo para el Bautismo...".

San Josemaría Escrivá de Balaguer, joven sacerdote de 26 años, venía pidiendo con insistencia: "Señor, que vea". Sabía que estaba llamado a algo y no entendía a qué. El 2 de octubre de 1928, mientras hacía los ejercicios espirituales, escuchó a Dios y pudo "ver" aquello a lo que estaba llamado: la fundación del Opus Dei, comenzando así una vida inspirada que llevó a San Juan Pablo II a llamarlo "el santo de lo ordinario".

Todos ellos, y tantísimos más, tienen un común denominador: en lugar de oír, escucharon. Escucharon la Palabra con el corazón y con la mente, y esa Palabra modeló sus voluntades. Aprender a escuchar exige atención, estar siempre alertas porque el Señor nos habla de muy diversas maneras: a veces, directo al corazón, en otras ocasiones a través del canto de un niño, de la naturaleza, de una sinfonía, de un dolor agudo, de un texto iluminador, de un silencio prolongado, de una anécdota de vida contada por un anciano.

**Pero, fundamentalmente, tenemos que aprender a escuchar al Señor en nuestro interior, donde Él habita y produce sus mejores milagros. Allí, en nuestra intimidad con Él, se nos presenta como suave brisa para marcarnos el camino.**

Escuchar al Señor con la mente y con el corazón, descubrir sus designios sobre nuestra vida, pedirle humildemente fuerza para cumplirlos y dar gracias por tanta luz alumbrando el camino. ¡Hermosa tarea que cada uno de nosotros tiene entre las manos!

Pixabay  
birgl

